

El Siglo XVIII

Una obra de Guillermo Hernández de Alba

Gracias a la iniciativa de monseñor José Vicente Castro Silva, actual rector del glorioso instituto, y a la paciente laboriosidad del señor Guillermo Hernández de Alba, erudito incansable, en quien el afán de investigación histórica, casi podría decirse que es una segunda naturaleza, tenemos ahora en este libro de la Crónica del Colegio del Rosario una maravillosa pintura de la vida intelectual colombiana del siglo XVIII. Porque si de la independencia para acá el Rosario ha sido el hogar espiritual del país, en esa época —que por lo demás no fue siempre como hasta ahora nos la han pintado los insípidos académicos de la historia, es decir, como una tertulia que se extendía por todo el territorio del virreinato y en donde virreyes y Marichuelas daban motivo para chismes de costurero y de botica, —el colegio de fray Cristóbal ejercía ya una indiscutible e indiscutida rectoría de la inteligencia colombiana, y era el centro adonde confluían— no de una manera libre y espontánea, claro está, sino por los caminos subterráneos que las ideas debían seguir entonces— todas las actividades del espíritu que amanecía de la oscuridad colonial.

Despojada de sus detalles —materia imprescindible de la crónica— la obra de Hernández de Alba es la historia de un siglo de cultura nacional, que se lee con apasionado interés y que desata un vivo temblor de patriótica emoción. Al través de los numerosos, pequeños y grandes problemas que trae consigo la marcha de un instituto educativo, del rutinario trajín administrativo, de los diarios incidentes estudiantiles en las cátedras leídas por teólogos, médicos y juristas, surge de este libro, de manera vaga al principio, nítida y concreta a medida que el siglo toca a su fin, la comprobación terminante de las hondas raíces que había echado en:

el alma colombiana el ideal que vino a culminar en la gesta emancipadora.

Los planes instruccionistas liberales del señor Moreno y Escandón, el establecimiento de la entonces archirrevolucionaria cátedra de Derecho Natural, las batallas libradas por don José Celestino Mutis, que en medio del estupor y del asombro de las autoridades emprendiera la defensa entusiasta del sistema de Copérnico, verdadero motivo de escándalo para todos, menos para los estudiantes que enfilaron jubilosos a su lado, aparecen como inconfundibles eslabones que por un ineluctable proceso de agregación iban juntándose para formar la gran cadena que debía arrastrar al movimiento de independencia.

* * *

Se destacan en el presente libro dos capítulos: el de las actividades del profesor caleño don Manuel Santiago Vallecilla y el que trata del proceso que siguió a la llamada revuelta de los pasquines. La figura del señor Vallecilla, totalmente desconocida del gran público, es de lo más apasionante que pueda darse. En rebeldía permanente contra todos, desterró de su cátedra el peripatetismo decadente y por su propia cuenta y riesgo comenzó a enseñar filosofía racional. Y llegó a tal punto que el choque con la autoridad no tardó en presentarse, así como el envío de ésta con cajas destempladas a otra parte porque iba contra la libertad que un profesor debía tener para instruir a sus discípulos de la manera que juzgara conveniente...

Agotada, en apariencia, la fuerza revolucionaria de Los Comuneros, la idea independientista cobra vigor incontenible en las aulas discretas del Colegio Mayor. La simiente regada por el reformador Moreno y Escandón fructificó en manos de los catedráticos de la nueva escuela, la del eclecticismo, que había formado a rector y profesores del 94 revolucionario. Desde Caycedo y Flórez el regente, hasta los pasantes, todos seguían a Vallecilla, a Pradilla, a Sandino y a Vásquez.

Concursos literarios promovidos por el diligente rector hacen resonar la palabra libertad en los ámbitos del claustro. De orden virreinal se recogen las producciones literarias, se las examina cuidadosa y temerosamente, y a poco catedráticos y discípulos van a colmar los calabozos. Los más comprometidos siguen

hacia las cárceles peninsulares y africanas, y todos sienten el peso de una justicia histórica. La voz definitiva la había pronunciado Nariño a quien siguen sin titubeo los rosaristas del 94. La independencia había comenzado. En el fondo aparece luminosa la figura de Mutis. Con ella, con el más noble homenaje al maestro concluye el libro segundo de la crónica cuando despunta el siglo XIX.

José Lloreda Camacho